

Con un suspiro cargado de preocupación, el padre de Irma hundió sus manos en los bolsillos.

Parecía buscar algo, pero en realidad era preso de la hesitación. A pesar de la alegría que le daba acompañar a su hija, su semblante denotaba tristeza. Sus ojos lagrimeaban debido al intenso reflejo de las luces del aeropuerto y se puso rápidamente su fino sombrero de cochinilla, hecho de lana de oveja. Aunque él no iba a viajar, volteó a ver la pantalla que exhibía los vuelos; los nervios lo dominaban. Se acercó a ella y le preguntó:

—¿Y tu pasaporte?

—Confía en mí, papá. Ya no soy una niña —respondió Irma, cruzando los brazos. Su cabello castaño, largo y suelto, formaba un vívido contraste con su blusa amarilla de manga corta, meticulosamente metida en su falda. Su inseparable bolso bordado de colibrís complementaba su atuendo realzando su delicada y bella figura, atrayendo las miradas de quienes entraban mientras el viento que se colaba por la puerta la acariciaba.



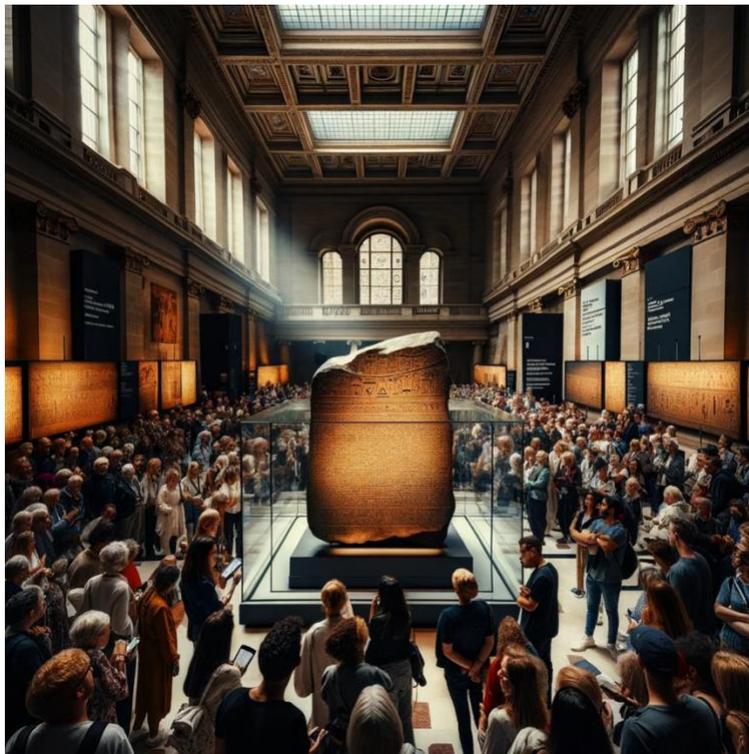
—Eso es lo que me preocupa; ya estás en edad de casarte —aclaró su padre, mirando de soslayo a Xico. Este, carraspeó incómodamente tocándose el oído, como si no escuchara.

—¿Llevas suficiente dinero? —añadió su papá.

Irma no respondió. En su lugar, se le quedó mirando, agradecida de su preocupación. Este viaje a Londres los separaba por primera vez. Su padre le insistía en que se quedara, pero ella, de espíritu aventurero, tenía pasión por los acertijos y esperaba ganar el gran premio de 75 mil dólares que El Museo Británico, como parte de las actividades para celebrar los 270 años de su creación, ofrecía a quien obtuviera el código Rosetta.

Poco después, al despedirse, el padre casi llora de la emoción. Irma, su única hija, estaba por alejarse de él. Mientras ella decía adiós lanzando un beso desde la entrada de la sala internacional, Xico disimuló su nerviosismo adoptando un gesto de seguridad. La relación con Irma había madurado con el tiempo, y esperaba que esta experiencia los uniera aún más.

Durante el vuelo Irma se sumergió en la lectura. Nadie se imaginaba al verla tan recatada, que su pasión por los jeroglíficos la había subyugado desde su niñez. Su perfil se asemejaba más al de una profesora de preparatoria que al de una mujer atraída por lo misterioso y desconocido. Xico, sentado a su lado, revisaba los lugares de interés en Londres. Esta aventura representaba para él un desafío y a la vez un compromiso. Ser guía en un país desconocido no era una tarea fácil, y menos si tu acompañante es tan inquieta. Una vez en Londres, se dirigieron al museo. Necesitaban llegar antes del cierre.



Mientras tanto, dentro del museo, los visitantes se turnaban para ver la Piedra de Rosetta, fragmento de una antigua estela egipcia con la inscripción del decreto del faraón Ptolomeo V. La luz indirecta que iluminaba la estela se reflejaba en todas direcciones, provocando destellos intermitentes que cegaban momentáneamente a los curiosos que se acercaban al cristal protector de forma rectangular.

En la parte inferior, en la placa informativa, se podía leer: “La importancia de la Piedra de Rosetta radica en que, al tener el mismo texto en tres escrituras diferentes, permitió a los eruditos utilizar el griego antiguo, que era conocido, para descifrar el demótico y, especialmente, los jeroglíficos egipcios, que habían sido un enigma hasta ese momento”.

Una vez que llegaron, Irma abrió su bolso y sacó unas gafas con filtro amarillo. Se las colocó para incrementar el contraste. Así, logró ver con claridad los jeroglíficos inscritos en la Piedra, iniciando con estas palabras: “Del Rey Ptolomeo Epifanes, El Benefactor, El Segundo, el Dios Epifanes, Ptolomeo y Arsínoe, los Dioses Salvadores. De este mismo edicto, el templo de Apolo en Rosetta...”.

Xico se acercó a ella y ambos se quedaron observando detenidamente la Piedra, buscando algún indicio para entender la frase del folleto con las bases y pistas de la convocatoria:

Bases y Pistas:

- 1.— Todos están invitados.
- 2.— El código es de 7 dígitos.
- 3.— El primer dígito es el lado del cuadrado de Ahmes.
- 4.— El segundo dígito es igual al primero, el cuarto al tercero y el sexto al quinto.
- 5.— La frase con el código es:

“Las siete hijas de la diosa Hathor recibirán la π del círculo de Ahmes, le quitarán lo que está oculto en la Piedra y multiplicarán este resultado por 7”.

—¿El círculo de Ahmes? —le preguntó Xico a Irma, más versada en egiptología que él.

Ella no contestó, lo tomó de la mano y salieron apresurados de la sala de exhibición. Xico trastabilló al sentir que lo jalaba, y le preguntó:

—¿Qué sucede?

Irma, percatándose de que una sombra los acechaba, le hizo señas a Xico para que guardara silencio. Una vez a solas, le dijo:

—Creo que alguien nos vigila.

Xico volteó hacia todas partes y la abrazó, diciendo:

—No tengas miedo, yo te protejo.

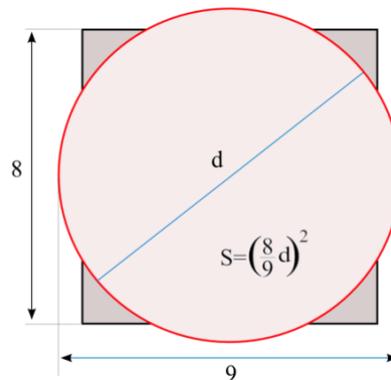
Irma parecía no escucharlo, buscaba un lugar más seguro, y le dijo:

—Vamos a la cafetería.

Xico no tuvo opción, Irma ya lo jalaba hacia una de las mesas del fondo, donde se sentaron. En lo que esperaban las bebidas, Irma sacó su tableta. A Xico le extrañó este gesto y preguntó:

—¿Buscas algo?

Irma movió la cabeza, confirmando, pero no dijo nada. Estaba ensimismada recopilando la información que los ayudaría a deducir el código. Después de encender su tableta, consultó en internet: “círculo de Ahmes”, y encontró la imagen con un cuadrado y un círculo que se refería al problema 50 del antiguo papiro escrito por el matemático Ahmes alrededor de 1650 a.C.



—¡Aquí está lo que necesitamos! —exclamó emocionada al ver la imagen en la tableta.

La ilustración indicaba que el área del círculo, representada como S, equivalía al área de un cuadrado cuyo lado mide $\frac{8}{9}$ del diámetro de dicho círculo.

Xico, confundido, se rascó la cabeza y dijo:

—No entiendo, ¿qué significa?

Irma se mostró paciente al explicar: —Mira, esta era la manera propuesta por el escriba egipcio Ahmes para calcular el área del círculo.

Ambos miraban la imagen sin atisbar nada relevante hasta que Xico exclamó:

—¡El lado es igual a 8!

Irma señaló el cuadrado y afirmó:

—Ya tenemos el primer dígito.

Sus rostros mostraron una sonrisa, dejando la angustia atrás. Por un momento olvidaron la sombra que los seguía. Leyeron nuevamente las pistas y, volteando a verse, dijeron:

—Y también el segundo.

Luego revisaron la parte de la frase "... la π del círculo de Ahmes..." y, para determinar dicha π , igualaron la fórmula del área, S , a la fórmula conocida del área de un círculo, misma que se reflejó invertida en los lentes de Irma.

$$\sqrt{169} = r \cdot 1_5 = r \cdot \left(\frac{5}{9}\right)_5 = r \cdot \left(\frac{5}{9}\right)_5 = r \cdot \frac{5}{81}$$

Irma realizó algunos cálculos y despejó el valor de la π de Ahmes.

$$\pi = \frac{64 \cdot 4}{81} = \frac{256}{81} \approx 3,160493827$$

Con este resultado y siguiendo la frase de las bases, sólo les faltaba quitarle lo que estaba "oculto" en la Piedra y multiplicarlo por 7.

Una vez que terminaron sus bebidas fueron en busca de información. Necesitaban conocer las características de la Piedra. El museo les proporcionó lo siguiente: Material: Granodiorita, Altura: 112.3 cm, Ancho: 75.7 cm, Profundidad: 28.4 cm, Peso: 760 kg.

Con estos datos continuaron la búsqueda. A pesar de sus irregularidades, la Piedra debía ser tratada como un objeto de forma regular para calcular su densidad original. Era crucial utilizar decímetros (dm) en lugar de centímetros (cm) y no redondear los resultados. La cifra a la que debían acercarse era 3.160493827, la π de Ahmes. Una vez hallada la cifra oculta la restarían de la anterior e invocarían la intervención divina: las siete hijas de la diosa Hathor multiplicarían este valor revelando así el codiciado código.

Después de hospedarse en el hotel, Xico, inquieto, tocó a la puerta de la habitación de Irma.

—¿Necesitas algo? —preguntó ella.

—Vi la sombra —contestó él, preocupado.

Irma lo invitó a pasar y le preguntó:

—¿Estás seguro?

—Se parecía a tu papá.

—No es posible —afirmó ella—. Acabo de hablar con él por teléfono.

—Creí ver su sombrero —afirmó él.

Irma no le dio importancia. Estaba más preocupada por resolver el acertijo. La fecha límite del concurso se acercaba y aún no llegaba al resultado, y le dijo:

—Ya que estás aquí, déjame mostrarte lo que llevo.

Xico no entendía con detalle, y le preguntó:

—¿Ya calculaste la densidad?

—Sí, pero el resultado aún no se acerca a la cifra.

—¿Redondeaste las cantidades?

—¡Eso es! —exclamó Irma, y retomó los cálculos.

Su entusiasmo inicial, sin embargo, se diluyó rápidamente. Cansados de no avanzar, ambos optaron por dormir. Xico regresó a su habitación.

A medida que los días pasaban en Londres, Irma y Xico se hundían más en la maraña del acertijo que los había llevado allí. La ciudad, con su grandiosa historia y encanto, era un refugio temporal para su creciente ansiedad, pero ni la tenacidad ni el esfuerzo parecían acercarlos a la solución del enigma. La frustración se asomaba en sus rostros mientras el desafío los tentaba a admitir su derrota. Además, sus fondos menguaban peligrosamente. Irma, reacia a preocupar a su padre con peticiones de ayuda financiera, no estaba dispuesta a volver a casa derrotada. Así que, con un suspiro de determinación, se volvió hacia Xico.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó con un tono que mezclaba preocupación y esperanza.

Xico meditó un instante antes de responder.

—¿Recuerdas la exposición de artesanías? —dijo con un atisbo de idea formándose en su mente.

—¿Cuál? —preguntó ella, desconcertada.

—La del Olympia London —aclaró él, frotándose las manos.

Irma siguió su mirada hasta su bolso bordado, un morral que siempre llamaba la atención.

—¿Crees que esté aún allí? —inquirió, considerando las posibilidades.

—Vayamos y averigüemos —propuso Xico, y sin más, tomaron rumbo hacia el Olympia.

Al llegar, la recepción fue de cautela; para los expositores, eran solo un par de jóvenes desconocidos en busca de apoyo. Sin embargo, Xico, con su característica persistencia, explicó su situación y presentó el morral como un potencial añadido a la oferta de artesanías mexicanas. Los expositores, intrigados, accedieron con una condición: debían aportar mínimo dos piezas artesanales, representativas de su región.

Con una sonrisa cómplice, Irma despojó a Xico de su sombrero, ofreciéndolo junto con el bolso. Su espontaneidad despertó simpatía y curiosidad entre los presentes.

El stand mexicano se vio enriquecido con el añadido del morral con colibríes bordados y el sombrero teñido con cochinilla, despertando el interés de varios inversores. Pronto, un acuerdo comercial estaba sobre la mesa, aunque los trámites requerirían tiempo. Ante la urgencia de su situación, Xico apeló a su elocuencia y logró negociar un anticipo.

Al día siguiente, con el dinero en mano, la nube de ansiedad que cubría a Irma empezó a disiparse. Con la mente más clara, volvió a concentrarse en el acertijo. Y en la quietud de la noche, una chispa de inspiración iluminó la solución. Ahora, el reto era convencer al jurado de que habían descifrado correctamente el código. Esperaron dos días largos y llenos de tensión.

Aunque el jurado inicialmente consideró atípico el cálculo, por no entender la sección donde se multiplicaba por 7, finalmente reconocieron la validez del código. En poco tiempo la fama los alcanzó, trayendo consigo un sinnúmero de preguntas. Los reporteros estaban ansiosos por entrevistarlos, y rápidamente descubrieron que la celebridad tenía un precio: la pérdida de su paz mental, agudizada cada vez que avistaban la enigmática sombra.

Xico, preocupado por el bienestar emocional de Irma ante tanta atención, sintió que era el momento adecuado para acercarse más a ella. Venciendo su nerviosismo, decidió consolidar su relación. Una tarde, mientras disfrutaban del té, sorpresivamente se hincó y le ofreció un anillo pidiendo que fuera su esposa. Irma, atónita, se quedó sin habla. Trató de ganar tiempo para pensarlo, pero él le insistió varias veces hasta que la convenció. “Xico finalmente tendrá los medios para formar un hogar. Su negocio de exportación de artesanías será un inicio”, pensó Irma antes de aceptar. Pero no era solo la perspectiva de estabilidad lo que llenaba su corazón de alegría. Era el amor que había crecido entre ellos, la forma en que Xico la hacía reír, y cómo juntos habían superado cada obstáculo.

Días después de que el museo les entregó el cheque con el premio, regresaron a México y compraron un departamento en Ixtapa, donde recuperaron la paz y viven felices. Xico, como siempre, contesta: “Sí, mi amor”, a todo lo que ella dice o cuando lo jalonea.

Para conmemorar su éxito encargaron una placa con el código Rosetta, pero el diseñador sugirió simplificarlo eliminando los dígitos repetidos y restándole al último dígito la unidad. Las iniciales de ambos se colocaron al inicio. La placa quedó así: IX8230; la enmarcaron y la exhiben en la entrada, a un lado del sombrero de cochinilla.

Cada vez que alguien les pregunta si la placa con el código es una de las artesanías locales, relatan con orgullo esta singular historia y lo invitan a participar en ella.

Aunque el premio original era de 75,000 dólares, ellos ofrecen ahora un fin de semana en Ixtapa al primero que deduzca el código. La invitación es para que conozca la placa y, por supuesto, que disfrute de las hermosas playas.

La sombra misteriosa que los acechaba en Londres parece haber desaparecido con el tiempo. Sin embargo, algunos vecinos de Ixtapa afirman haber visto un hombre con un sombrero de cochinilla observando el departamento de Irma y Xico desde la distancia.

Tal vez sea solo un mito local o quizás el enigma del código Rosetta esconda más secretos de los que se creía. A pesar de esta incertidumbre, lo que sí es un hecho es que hoy, en la tranquila Ixtapa, donde el invierno no existe y las olas arrullan con sus vaivenes los tenues reflejos de la luna, el código permanece como un desafío para aquellos aventureros que buscan descifrarlo.

Y mientras Irma y Xico disfrutan de su retiro en su rincón paradisíaco, la leyenda del código Rosetta continúa creciendo, atrayendo a curiosos de varias partes del mundo.

El padre de Irma, después de cumplir su promesa de ver a su hija casada, descansa en paz, pero sigue sin convencer a su fallecida esposa en qué gastó los 75,000 dólares que ella había ahorrado para la boda.

Fernando Perales